



WILLIAM CLAXTON, *Times Square*, New York City, 1960

JEAN RHYS

### *Let them Call it Jazz*

Cuando estábamos dándole una vuelta al patio, oigo a una mujer cantar —la voz salía desde lo alto, a través de una de las pequeñas ventanas enrejadas. Al principio no me lo creía. ¿Por qué iba alguien a querer cantar allí? A nadie le apetece cantar en la cárcel, nadie quiere hacer nada. No hay motivos, y no tienes esperanzas. Creo estar dormida, soñando, pero estoy totalmente despierta y veo que todos los demás se han puesto a escuchar también. Esa tarde nos vigila una funcionaria, no una policía. Se para y mira a la ventana.

Es una voz gangosa, un poco tosca a veces, como si aquellos viejos muros se quejaran al ver tanta miseria, demasiada. Pero no decae, y nadie puede detenerla. No oigo las palabras, sólo la música. Canta una frase, y luego otra, y de pronto se interrumpe. Todo el mundo echa a andar otra vez, sin decir una palabra. Pero cuando entramos, le pregunto a la mujer que va delante de mí quién cantaba. «Es la canción de Holloway», dice. «¿Todavía no la conoces? Canta desde la celda de castigo y le dice a las chicas que se animen y que nunca se rindan».

Alquilo una habitación cerca de Victoria, por la que la patrona acepta una libra como depósito, y al día siguiente encuentro un empleo en la cocina de un hotel cercano. Pero no me quedo mucho tiempo. Me dicen que hay otro trabajo en una tienda grande, de ropa de mujer, como costurera, y me lo dan. Les miento y les digo que he trabajado en una tienda muy cara de Nueva York. Les hablo con voz segura y firme, y no comprueban lo que les digo. Me hago amiga de una chica —Clarice—, casi blanca, muy inteligente, que maneja muy bien a los clientes y se ríe de ellos en cuanto salen de la tienda. Y yo le digo que ellos no tienen la culpa de que las prendas no les queden bien. Los trajes especiales hechos a medida son muy caros en Londres. Así que nos pasamos la vida arreglando prendas. Clarice vive en dos habitaciones que no están lejos de la tienda. Las ha ido amueblando poco a poco, y a veces da fiestas los sábados por la noche. Allí es donde empiezo a silbar la canción de Holloway. Un hombre se me acerca y me dice: «Sílbala otra vez». Yo le hago caso (ahora nunca canto) y me dice: «No está mal». Clarice tiene un viejo piano que alguien le ha dado en la tienda, y él toca la melodía, con ritmo de jazz. Yo le digo: «No es así», pero todo el mundo dice que lo hace de maravilla. Y ya no pienso más en ello hasta que recibo una carta suya en la que me dice que ha vendido la canción, me da las gracias y me envía cinco libras por haberle ayudado tanto.

Cuando leo la carta me entran ganas de llorar. Porque, después de todo, esa canción era todo lo que tenía. No encajo en ningún sitio, y no tengo dinero para hacerlo. Y tampoco me apetece.

Pero cuando aquella chica cantó, me cantó a mí y para mí. Yo estaba allí porque tenía que estar allí. Estaba escrito que tenía que oírla —eso lo sé.

Ahora he dejado que la toquen mal, y me abandonará, como todas las demás canciones... como todas las demás cosas. No me quedará nada.

Entonces me digo a mí misma que todo es una tontería. Incluso si la tocan con trompeta, o si la tocan bien, como yo quería, no van a caer tan pronto los muros. «Dejemos que lo llamen jazz», me digo, y que la toquen mal. Eso no cambiará nada la canción que oí un día.

Con el dinero, me compro un polvoriento vestido rosa.

(Trad. Juan Jesús Zaro)